

El mundo es un pentagrama

Gustavo Valle

Partitura de la cigarra (Pre-Textos, 1999) se diferencia de manera puntual del resto de la obra poética de Eugenio Montejo (*Elegos, Muerte y memoria, Algunas palabras, Terredad, Trópico absoluto, Alfabeto del mundo, Adiós al siglo XX*), y esta diferencia se encuentra en el extenso poema que da título al libro. Ya en una entrevista en 1987 Montejo decía: «La idea de una estructura ceñida a propósito de un tema único me ha ilusionado últimamente, pero carezco del tiempo para darle forma». El tiempo ha pasado y Montejo nos ofrece ahora este poema de diecisiete cantos, ceñido en su estructura y de sólida unidad temática. Sin embargo, la ambición de este poema va mucho más allá de su extensión y envergadura. «Partitura de la cigarra» es un intento (y un logro) de llevar los temas y las obsesiones poéticas de Montejo hasta su expresión última, casi hasta su límite.

Deudor de una prosodia descansada, dilatada, *Partitura de la cigarra* nos sumerge en una ceremonia de aparentes reiteraciones, llevados de la mano por el canto de «la maestra de Orfeo, la reina maga», que ejercita su mántrico oficio de verano para develarnos en su cuerpecito de cáscara, una nueva metáfora de lo efímero y un abismo interrogante: «ella y su grito donde todo es enigma». La cigarra viene a ser el pájaro, o el sapo, o el poeta, o el Orfeo redivivo que tanto acompaña los poemas de Montejo. Ella es un imán cantor donde se adhieren y se reinventan el trópico, los viajes, las ciudades, el tiempo, el mundo entendido como un alfabeto: «...la partitura al fondo predomina». Por ello, *Partitura de la cigarra* es un libro distinto, pero al mismo tiempo igual al resto de su obra. Es más: la justifica y supera. Y debido a esto preferimos entenderlo y disfrutarlo dentro de un conjunto más amplio.

Podríamos comenzar diciendo que Eugenio Montejo es un poeta nostálgico, memorioso, sujetado al relato y construcción de *su* historia que es la historia de todos y para todos. Un poeta enfrentado al presente ultramoderno o posmoderno, inconforme, incómodo en el espacio ferial y decadente de nuestra realidad actual. Un poeta que es un crítico feroz de la pulverización gratuita de los valores, y de la banalización del idioma que es el espejo que mejor transparenta nuestra época oronda de ignorancia, totalmente ciega en medio de la batahola comercial que a todos nos impone. Un poeta

que habita en las aguas agitadas del pasado, bajo el convencimiento de encontrar allí una señal, una lámpara de búsqueda. Pero no nos equivoquemos, y vayamos despacio. Eugenio Montejo es, por sobre todo, un poeta profundamente actual, transido (y herido) de presente. Y su presente es el de un sujeto que se asoma al espectáculo del mundo con incomodidad, sin fáciles escepticismos, pero también con dolor, es decir, con una suerte de optimismo melancólico. Así, el pasado que alimenta y enriquece su obra es acaso el interlocutor de un diálogo más amplio. Un diálogo transtemporal donde se anulan los estancos compartimentos cronológicos y se pone en marcha un tiempo poético donde el pasado se presentifica en forma de memoria imaginaria e imaginante, y el efímero momento actual se expande hasta la configuración de un territorio histórico: «Ya va durando décadas la noche».

Esta báscula temporal no es en Montejo un artefacto para componer poesía sino un compromiso ético con la realidad que lo enfrenta y estimula. Montejo se afirma como un poeta muy consciente de su rol en la historia, vivamente preocupado por el aislamiento e incomunicación actual de la poesía. Sus poemas, además de perseguir un rigor formal y una casi obsesiva pasión constructiva, se caracterizan por una (tras)lúcida virtud comunicativa, que debe siempre entenderse como necesidad integradora y dialogante con el mundo, y nunca como recetario banal de la cotidianidad. Montejo pone en marcha su energía particular como individuo, con lo que podemos llamar una gran energía pública. Y es en esta interacción donde se funda su (po)ética.

Situado en el vértice de un pasado y un presente, Montejo abre el compás de estos brazos temporales para trazar sobre el mapa de lo real una geometría que le permita vivir satisfactoriamente; es decir, en la comprensión de su ser y de su tiempo, de su estar en sí mismo y en el otro. El espacio viene así a constituirse de tiempo matérico («el tiempo todo se vuelve espacio»), y la geografía que describe y despliega en sus poemas se hará movediza como el paso de las horas. Por eso los espacios de su poesía, sus lugares, su trópico, sus ciudades, parecerán suspenderse por encima de su referencia más puntual para deambular imaginariamente en busca de un destino viajante, un domicilio siempre movedizo: el lector y sus circunstancias.

En la poesía de Montejo hallamos la memoria y el paisaje transfigurados y devueltos a una órbita increada. Es decir, la realidad que está detrás de la memoria y detrás del espacio hecho paisaje, la anécdota que sostiene lo aparentemente anecdótico de algunos de sus textos sufre un desinflamiento y es sustituida por otra realidad menos contundente pero todavía más

veraz: la palabra, la voz, el ritmo que levanta su cortina transparente entre el mundo y nosotros (los lectores), y estrecha así el lazo que la distancia temporal y espacial siempre insiste en desatar. Sin embargo, este es un lazo de difícil atadura, y Montejo es consciente de su limitación y de su lucha: «En vano intento que escritas en mis versos las palabras no riñan unas contra otras».

La palabra de Eugenio Montejo será el resultado de una estrategia de desciframiento del mundo que, inevitablemente, pasará primero por la estrategia de su contemplación. La contemplación del universo y su amorfa red de códigos que invita al poeta a ejercitar la traducción, la transposición de ese código extraño, a un idioma de significados inteligibles. Como si se tratase de un calígrafo o de un transcriptor, Montejo acuña su voz en el intento de descifrar (de leer) el alfabeto oscuro que nomina al mundo. Es decir, el universo concebido como un jeroglífico, y el poeta abocado a la tarea de descifrarlo.

Esta tarea, común a muchos poetas, cobra singular importancia en Montejo, toda vez que su ejercicio parte de esta premisa: el mundo guarda en sí mismo un sentido, y el poeta, más que convertirse en el creador de ese sentido, vendría a ser su lector, su humilde intérprete. Más que interrogar al universo, es éste el que lo interpela e interroga. De esta manera Montejo se separa de toda ambición genésica y ocupa un puesto en las filas de los escribientes y cronistas del mundo y sus movimientos, del universo y sus intercambios. Su acción creadora está, no en la creación sino en la *acción*; no en la invención sino en la *versión*. Su poesía otorgará un dinamismo a lo que parece estar dormido o en reposo. Como Emerson, Montejo sabe que «también las palabras son actos, y los actos una especie de palabras». El proceso de traslado y trasvase interpretativo estará signado por la acción (el paso) de un espacio a otro: de la contemplación a la manuscipción; del paisaje a la letra. Y el resultado de este esfuerzo, lejos de establecerse y fijarse en forma de documento, gozará de un movimiento intrínseco, activado cada vez por la dinámica misma de la lectura, atribuyéndole al texto una rara característica: estar –aunque ciertamente no sea así– escrito en gerundio.

Montejo, entonces, no inventará sino que versionará: verterá. Y esta versión supone a su vez una inversión, una alteración. Verter es, en el fondo, e inevitablemente, invertir, trastocar. Y no solamente porque en esta acción ocurra un trasplante, una ruptura, un desarraigo de lo versionado, sino porque además lo versionado se transfigurará en la versión, cambiará de rostro, ofreciendo así su aspecto más oculto, revelando una fisionomía totalmente inédita.

Esto, que en principio parece un logro poético (develar los contenidos ocultos del universo) es, en el caso de Montejo, el testimonio de un fracaso: «en vano me demoro deletreando el alfabeto del mundo». Su estrategia de deletreamiento se convierte así en un ejercicio fantasma, un espejismo intelectual. Más que deletrear, Montejo *desletreará*, es decir, alterará –como si fuese un palimpsesto– el libro del universo para escribir allí su experiencia contemplativa, su «crónica de la lectura del mundo». La distancia entre el libro del universo y su lectura, sentenciará el fracaso de la empresa traductora. Pero, paradójicamente, este fracaso permitirá el logro de una escritura. El plan que traza Montejo para comprender y descifrar el mundo y sus significados se desploma, y de las ruinas de esa empresa brota y se levanta el poema. Así, su poesía es fruto de una equivocación (¿una equivocación prevista?) y este equívoco –que es la confirmación de una fecunda incertidumbre– posibilitará un texto, es decir, la visión de un sujeto. De ocurrir lo contrario, de llevarse a cabo de forma exitosa la estrategia inicial, el resultado no sería más que un chata calcomanía de lo real, y en ese caso sería preferible prescindir del texto y abandonarnos (lo lectores), no a la lectura, sino a la contemplación de los paisajes que lo propiciaron.

Ocurre así un desdoblamiento en cuanto a los propósitos y resultados que Montejo maneja en su poesía. La estrategia de deletreamiento del universo estalla, se parte en dos y es su reverso (la anticipación del fracaso) el que finalmente triunfa y logra ofrecer una inversión, un transplante de la realidad al poema. Pero este desdoblamiento sólo es posible a través del desdoblamiento del sujeto que lleva a cabo esta tarea: «mi doble cruel, mi sórdido enemigo». Sólo en la conciencia de una partición del individuo puede garantizarse la bifurcación de sus propósitos y lograr que se mantengan, bajo un mismo nudo, dos acciones enfrentadas.

Montejo aventura una poesía como producto de una determinada estrategia de búsqueda, pero escrito el poema, esta estrategia queda anulada, resulta inoperante. La tensión entre los opuestos (empresa y resultados) se resuelve, sin embargo, de manera imperceptible en los poemas, pero supone un cisma en el sujeto/poeta: la destrucción de su estrategia (en la cual, sin embargo, no dejará de creer) es el motivo de su satisfacción última: la escritura del poema. Se trata, en el fondo, de la lucha interna entre una utopía y la rebelión ante esa utopía. Un sujeto que busca, no para encontrar sino para extraviarse, y otro (el mismo) que en el extravío, encuentra.

Montejo se desdoblará por las causas expuestas, e incluso verá necesario el concurso de la heteronomía para poder dar cabida a su multisubjetividad. De allí nacen Blas Coll, Alfredo Sandoval, Tomás Linden, y Jorge Silvestre: ventrílocuos de Montejo, «voces oblicuas» de una voz, quizás, geomé-